AL ALZA, A LA BAJA

AL ALZA, el ciclista tomellosero **Jesús Alberto Rubio** que se coronó el pasado 26 de junio como campeón de España de contrarreloj, en la categoría élite. Un triunfo importante para un ciclista que sigue trabajando a fondo para hacer realidad su gran sueño: ser ciclista profesional.

AL ALZA, Agustín, Mateo, Naranjo y Javi Vela, nuevos jugadores del Atlético Tomelloso. Los cuatro quieren contribuir a que el club consiga el ascenso a 3ª división, objetivo irrenunciable marcado por la directiva. Al alza también, **Jacinto y Carlos García** que han renovado por el Yugo-UD Socuéllamos donde esperan repetir la gran campaña realizada el pasado año.

AL ALZA, la rápida y eficaz actuación tanto de **los socorristas** como del **personal sanitario de la piscina municipal de Tomelloso**, que permitió reanimar a un joven de 16 años tras haber sufrido un ahogamiento. Los médicos del Mancha Centro, donde fue trasladado tras ser atendido primero en el Hospital de Tomelloso, destacaron que la actuación rápida y acertada del personal de la piscina ha evitado que el chico sufra consecuencias graves por falta de oxígeno.

AL ALZA, el encuentro nacional de vespas y lambrettas que organizó el **Club Vespa Tomelloso** del 19 al 21 de junio. Tres intensas jornadas en las que doscientas motos procedentes de diversos puntos del país y hasta alguna del extranjero causaron admiración.

A LA BAJA, la **pérdida de castellano-manchegos que emigran** a otras comunidades autónomas y al extranjero. Castilla-La Mancha registró en 2014 un saldo migratorio negativo exterior de -4.084 personas (el sexto mayor saldo negativo de todo el país) y un saldo interautonómico negativo de -8.223 (el mayor en España).

En este número:

La Bodega-Almazara Virgen de las Viñas presenta su XIV Certamen Cultural /23

Castilla-La Mancha entre las comunidades con mayor saldo migratorio negativo /35

POR CAMPO D'FIORI

Razones para una relación cordial con la naturaleza

Valentín Arteaga

No se debiese ni sugerirlo: somos parte de la creación y tenemos el deber de respetarla, de apreciarla y admirarla con devoción. Si queremos que crezca, según vamos caminando alma arriba, nuestra dimensión humana, es obligado que crezca al mismo tiempo en nuestro interior la admiración y el afecto por las realidades creadas: un manantial, un árbol, un pájaro, una campiña florida... La creación nos configura y nos envuelve como un abrazo, y el universo todo anhela que lo consideremos como un prodigioso objeto de contemplación: el primer estallido de las luces del alba, el color en sazón de las mieses, el ruido transparente del agua triscando sobre las piedras, la raya inalcanzable del horizonte, las rodadas de los carros en el camino de regreso al pueblo, el pozo de la plazoleta... No nos está permitido desentendernos de la naturaleza. Ni como personas, ni, si lo somos, como hombres y mujeres religiosos. Estamos urgidos a llevar a cabo el requerido afecto que suspiran las cosas; y aprender también a escucharlas. Son todas muy conversadoras. La creación es un elocuente alfabeto. Cada rincón del universo es un jardín ameno o un lugar para el deslumbramiento de la mirada.

Ni mentarse tampoco debiera: no tiene excusa alguna deteriorar la creación. ¿Cómo permitir que sean vilmente asesinados más los manantiales, las corrientes, los arroyuelos y los ríos; y los bosques, las arboledas y las selvas arrasados con horrorosa crueldad por gentes pavorosamente desalmadas?

Hace falta una educación para saber ponernos delante de una amanecida gloriosa, de un mediodía puro y alto, de un crepúsculo símbolo siempre del otoño. Ojalá lleguemos a adquirir la experiencia de saber mirar lo creado, –árboles, plantas, hierbas, arroyos, fuentes– de modo casi cultual o paralitúrgico. Conocen muy bien los creyentes que desde el Libro del Génesis, en el que se describe de modo estremecido y fervoroso el proceso admirable de la Creación, hasta el Apocalipsis, el libro final de la Biblia que cierra con un «Amén» el arco de la existencia, aparece clarísimamente la indisoluble solidaridad que existe entre cosmos y fervor cultual. El cuidado, el respeto y la veneración por el paisaje, los trigos, las viñas, los saltos de agua, las norias, las albercas, los aljibes, tienen que ver mucho con la religiosidad y el arrimo a la transcendencia; y cuando ésta se tambalea en el corazón de cualquier ser humano, acecha el peligro de la muerte del espíritu, encima de los pueblos y las casas en el territorio de los hombres. La creación toda se muere de ganas de salvarse. Si no lo consigue, el hombre y la mujer tampoco lo conseguirán. Somos un rincón del universo, y en él resuenan las lluvias otoñales, el ondular de las mieses según el viento del verano y la caída de la hoja de los árboles al declinar el día. Si por la gracia de Dios ocurre que somos gente cristiana, con mayor razón habrá de resultar imprescindible aprender del Señor, de su relación con las realidades creadas, su capacidad evocadora. Al santo libro de los evangelios debemos aproximarnos, no solamente desde los esquemas teológicos, sino, también, desde una cierta veneración ecológica. La fe no es una cuestión meramente doctrinal ni la celebración de los sacramentos una simple instancia cultural separada de las cosas. ¿Olvidaremos que Dios mismo, en el hombre Jesús, ha entrado a formar parte de la realidad del universo? Escribe Walt Whitman que por las calles de las ciudades es frecuente encontrarse con extraviadas cartas de amor de Dios. Así es: las cosas, todas, son misivas de Dios, hermosísimos mensajes que nos transmiten el gozo de su presencia.

Jesús nos enseñó a saber mirar al trasluz cuanto cunde y sucede alrededor nuestro. Él observaba, maravillado, los detalles que ocurren en casa y cerca de casa, en la fuente del poblado, en la sinagoga, en el trabajo del campesino, del viñero, del pastor. Sus discursos están llenos de ecos de la creación. En sus parábolas se oye el trigo que sazona, los cánticos de vendimia, el salto de los peces en el agua, el crecer de la yerba. Sus palabras son retazos de la vida doméstica, del aire del barro, de las estaciones y cuadros campestres: la higuera que no da fruto, el pequeño grano de mostaza, la cizaña y el trigo que crecen juntos, la levadura mezclada con tres medidas de harina, la oveja que se pierde. Sabe que cuando sube una nube del poniente, pronto llegará la lluvia. Observa cómo crecen los lirios del campo y qué fiesta dibujan en el cielo las bandas de los pájaros.

Indudablemente como hombres y, si lo somos, como creyentes en el Jesús del evangelio nos sobran razones para cuidar nuestra relación cordial con la naturaleza.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Periódico del Común de La Mancha, El. #547, 3/7/2015.